

LA INVASIÓN ESTADOUNIDENSE DE AFGANISTÁN EN LA COBERTURA DE LAS ENVIADAS ESPECIALES DE TVE: UN ENFOQUE DE GÉNERO.

Carmen Marina Vidal Valiña¹.

¹Universidad Complutense de Madrid, España.

E-mail: carmenmarinavidal@hotmail.com

Recibido: 28 Agosto 2013 / Revisado: 5 Septiembre 2013 / Aceptado: 7 Octubre 2013 / Publicación Online: 15 Octubre 2013

Resumen: La invasión estadounidense de Afganistán fue intensamente cubierta por la televisión pública española, TVE. Entre los enviados especiales desplazados sobre el terreno había tres mujeres, Rosa María Calaf, Almudena Ariza y Lluçía Oliva. ¿Tuvo su discurso características específicas respecto al de sus homólogos masculinos? ¿Prestaron una especial atención a las mujeres locales y sus problemas? En suma, se trata de realizar una aproximación a este conflicto desde el punto de vista del género, que aquí se convierte en la categoría de análisis principal.

Palabras clave: Afganistán, género, televisión

Los ataques de Al-Qaeda contra las Torres Gemelas, el 11 de septiembre de 2001, no coincidieron con el cambio de siglo en cuanto a lo que cronología se refiere, pero sin duda marcaron el inicio de una nueva era a nivel internacional. Fueron, además, el acontecimiento que sirvió de excusa a Estados Unidos para invadir Afganistán menos de un mes después de dichos ataques, el 7 de octubre, y, a posteriori, para la invasión de Iraq de 2003. Del primer conflicto nos ocuparemos en este artículo, a través de la cobertura que de él realizaron las periodistas de la cadena pública española, TVE. Para realizar dicho análisis se han consultado en los estudios de TVE las cintas correspondientes a una serie de momentos clave en la invasión, en base a una ficha de análisis previamente establecido¹.

Cuando las tropas estadounidenses lo invaden, Afganistán era un estado islámico gobernado por los talibanes. Esa situación resultaba inédita en la historia del país, que nunca había estado controlado por líderes religiosos². El movimiento talibán había surgido aprovechando el vacío de poder que se generó en el liderazgo muyahidín a principios de los noventa y su fracaso a la hora de formar un gobierno nacional fuerte. Los talibán surgieron como una vía a través de la que evitar la guerra civil, pero su gobierno supuso un verdadero choque cultural tanto para las tradiciones afganas como para los valores islámicos³, y eso a pesar de que a menudo fuesen presentados en los medios de comunicación occidentales como representativos de las interpretaciones más radicales (y no tan marginales) del Islam.

TVE dedicó una amplia cobertura a la invasión estadounidense de Afganistán. Mi análisis se centra en tres momentos clave de la misma, una selección imprescindible teniendo en cuenta los límites espaciales de este artículo:

-7 octubre: inicio de las operaciones militares con la entrada de Estados Unidos y Gran Bretaña

-12 noviembre: caída de Kabul

-6-7 diciembre: momentos de la toma de Kandahar, final de la guerra.

Tres momentos y tres mujeres que fueron informando para TVE de los acontecimientos: Rosa María Calaf, Almudena Ariza y Lluçía Oliva. Dejamos fuera de este análisis a Letizia Ortiz, ya que aparece en piezas sobre la

invasión, pero lo hace siempre desde Washington es decir, fuera del ámbito de la región MENA en el que se centra esta tesis, y a Ángela Rodicio, que trabaja en calidad de corresponsal en Jerusalén y no tiene por tanto ningún tipo de contacto directo con los hechos acaecidos en Afganistán. Las tres periodistas mencionadas cuentan con una dilatada experiencia en la televisión pública, lo que sin duda contribuyó a que fuesen enviadas al conflicto noticioso por excelencia del momento. Oliva y Calaf lo cubrirán de octubre a diciembre, a diferencia de Ariza, que se va a centrar en su fase final. Y una constatación de inicio importante: ninguna de ellas trabaja directamente sobre el terreno, sino que lo hacen desde la frontera con Pakistán.

Veamos cómo discurrió el trabajo de cada una de ellas a través de las once piezas en total de los momentos claves apuntados en las que aparecen:

-ROSA MARÍA CALAF: la que fue una de las corresponsales más veteranas de TVE, inconfundible con su mechón plateado en medio de su indómita melena roja, trabaja en las piezas analizadas entre la frontera entre Afganistán y Pakistán y la capital pakistaní, Islamabad, y los rótulos la definen como “enviada especial a Pakistán”. En su cobertura queda patente la experiencia que atesora sobre la zona (no en vano, fue corresponsal Asia-Pacífico de la cadena pública), así como la difícil situación de Afganistán, “entre la hambruna y la guerra” (pieza del 1 de diciembre).

Afganistán aparece presentado en sus piezas como un país con códigos milenarios, de normas y costumbres que el espectador probablemente detectará como algo ajeno y hasta bizarro. La singularidad afgana venía de lejos: la investigación que hemos llevado a cabo en la tesis de la que deriva este artículo muestra que había sido ya apuntada en las piezas de TVE sobre la invasión soviética del país a finales de los setenta. Y para los viajeros anglosajones, como Freya Stark, el país había sido una metáfora de aislamiento exótico y alejamiento de las presiones de la vida cotidiana⁴, igual que, en un sentido muy diferente, lo fue para los hippies que lo atravesaban camino de la India en los setenta. La percepción de Afganistán como país-excepción tiene, pues un largo recorrido. Calaf plasma en su pieza del 8 de octubre ese carácter singular: “aquí, todo el mundo va armado. Las peleas por la tierra o las mujeres

son continuas. La venganza, una obligación, tanto como la hospitalidad”. En la frontera con Pakistán, la ley de este país queda atrás y se impone la tribal, en un “hermético mundo de campesinos contrabandistas y traficantes”. En efecto, ya desde las guerras del siglo XIX con Gran Bretaña se cultivó la imagen de Afganistán como país refractario a cualquier forma de influencia o control extranjero⁵, una impresión que pareció confirmarse en el caso de la invasión estadounidense disfrazada de “liberación”.

Si en la cobertura sobre el país de treinta años atrás no aparecían, Calaf habla ahora de las mujeres, que “apenas salen nunca del reciente familiar”, y si lo hacen, “fuera son como fantasmas, anónimas en sus burkas”. Aparece así, específicamente nombrada, esa pieza que a partir de este conflicto va a ir ligada ineludiblemente al binomio mujer-Afganistán en las retinas occidentales.

El profundo conocimiento de Calaf sobre la región y sus dinámicas queda patente constantemente en las piezas analizadas. En la del 7 de octubre, por ejemplo, pone en contexto las manifestaciones de los grupos fundamentalistas, aclarando que fueron muy poco numerosas y que sólo cuentan con un 10% de apoyo de la población en Pakistán, y explica asimismo los peligros que la situación afgana pueden ocasionar al país. En la misma pieza, se refiere a los talibanes afirmando que “está claro que no tienen gran cantidad de pragmatismo, es decir, estaba claro que se jugaban la supervivencia”. El día 8 de octubre asegura que el gobierno de Pakistán corre un serio riesgo de que “se le escape la situación de las manos”, mostrando ciertos escenarios de futuro posibles. Finalmente, el 13 de noviembre, se remite a la situación de los años noventa en Afganistán para apuntar que la perspectiva es “más de guerra civil”, algo que el paso del tiempo ha confirmado, con los constantes enfrentamientos internos entra la población afgana, aunque oficialmente no exista un conflicto armado en este territorio.

Una de las características del discurso de Calaf es su interés por mostrar la existencia de personas e iniciativas que, lejos de buscar el enfrenamiento, intentan alcanzar el consenso. En la misma pieza referida, Calaf menciona el caso de un comandante afgano que había luchado contra la ocupación soviética y que ahora buscaba soluciones pacíficas para el conflicto.

Este discurso parece fruto de una combinación entre profundo conocimiento de las circunstancias (que invita siempre a ir más allá del blanco y negro) y, me aventuro a señalar, cierto cariño hacia poblaciones en las que se lleva tiempo viviendo. En una entrevista, Calaf afirmaba que para ella, el periodismo es “Conocer al otro. Acercarte a lo distinto y aprender de Conocer al otro. Acercarte a lo distinto y aprender de lo que es diferente. Todo lo contrario de lo que se ve ahora, que tenemos miedo al diferente. Es una oportunidad hermosa poder dar voz a quien no la tiene y contar lo que ves a la gente que no puede verlo”⁶. Sean cuales sean las razones últimas, lo cierto es que declaraciones de este tipo contribuyen a romper un discurso que considere la realidad de los países analizados como intrínsecamente problemática o, cuanto menos, pesimista, lo que parece ser a menudo la tónica actual en los medios españoles.

Por otro lado, aunque en las piezas sobre la invasión de Afganistán de Rosa María Calaf no aparece una veta de género salvo por la mención al burka, sí ha reflexionado en algunas entrevistas sobre los pros y contras que tiene el ser mujer a la hora de trabajar en un país musulmán⁷: “En países musulmanes extremistas muchas veces me han denegado entrevistas por ser mujer. Sin embargo me he podido meter en el ámbito femenino y he podido tener muchísimas más información que mis colegas hombres. Las mujeres confían más en ti, y tú te metes en sitios que otros no pueden porque por ser mujer no te consideran un peligro, algo que también me ha ocurrido en países extremadamente paternalistas”. En la cobertura sobre Afganistán, sin embargo, no parece que se haya aprovechado de su condición femenina para tener un contacto más estrecho con las afganas.

-LLUCÍA OLIVA: actualmente presidenta del Consell de la Informació de Catalunya, trabajó en TVE durante más de veinte años, hasta 2009, período en el que fue reportera del programa de La2 *En Portada*. Al igual que a Rosa María Calaf, también a ella se la define como “enviada especial a Pakistán”, si bien su discurso es bastante diferente al de Calaf, de modo que parecen cubrir dos ámbitos diferentes de la vida en la frontera: si Calaf se centra en un análisis sobre todo político y estratégico del conflicto, Lluçia Oliva incide sobre todo en su aspecto humano. Las consecuencias que la invasión tiene para la población local son el principal

motivo de sus piezas, en las que las mujeres tienen una presencia destacada. La calle es el escenario principal sobre el que trabaja, produciendo crónicas que, aunque de estilo narrativo sobrio y contenido, impactan en el espectador al presentarle una realidad humana con la que puede sentirse identificado aunque se desarrolle a miles de kilómetros de España y en un contexto social y político muy dispar. En este sentido, Lluçia Oliva no se centra en destacar lo diferente, que podría ser mucho, entre España y Afganistán, sino en aportar la cara humana del conflicto, la que posibilita la empatía entre una y otra realidad.

Su crónica del 1 de octubre, por ejemplo, tiene como escenario el hospital provincial de Quetta, en la frontera entre Afganistán y Pakistán, y se centra en las dificultades de los centros sanitarios, el incremento de crímenes y enfermedades y la violencia que se ha desatado tras la llegada de los refugiados afganos. Recordemos que ese mismo día, Rosa María Calaf ofreció también una pieza sobre Quetta, centrada asimismo en el impacto negativo producido por los refugiados afganos, pero prestando también atención a la actitud del presidente pakistaní Pervez Musharraf, es decir, añadiendo una veta política a la cobertura puramente humana de Oliva. El día 6, los protagonistas son de nuevo los refugiados afganos y las condiciones de extrema pobreza en las que viven en un barrio de Islamabad. Allí entrevista a un practicante local, Samarkán, y presta especial atención a los niños y sus bajísimas tasas de escolarización. El día 7 ofrece una crónica a pie de calle, en la que los protagonistas son los comerciantes pakistaníes, que ofrecen su visión sobre lo que está sucediendo en Afganistán. Al día siguiente, su crónica se centra en la vida nocturna de Islamabad, y de nuevo en pulsar las opiniones de la población local sobre las acciones militares estadounidenses.

Una pieza especialmente interesante para nuestro análisis es la segunda que realiza Lluçia Oliva el día 6 de octubre, sobre la campaña de apoyo a los talibanes a la que se han unido las mujeres del movimiento fundamentalista islámico pakistaní. Aunque hay ciertas alusiones tópicas, por las que se imbuye de toda una característica al conjunto de las mujeres afganas (“como es típico de las mujeres de aquí, iban rodeados de hijos”), el mero hecho de que se emita una pieza en la que las afganas son las protagonistas y actrices de sus historias

contribuye a romper con la idea, tan extendida, de la sumisión de la mujer musulmana. De hecho, la militancia islamista por parte de las mujeres les permite alterar el orden patriarcal vigente desde una legitimidad incuestionable, que es la islámica. El mismo hecho de que se adhieran como personas individuales a este tipo de movimientos, y no por una filiación paterna o agnática, permite que se las valore también por sí mismas y no por la intermediación masculina, como sucede en el grupo tradicional⁸.

En la propia narración de los acontecimientos se deja entrever, además, un interés especial por las cuestiones de género: “son precisamente las mujeres las primeras víctimas de los dirigentes afganos. Las han convertido en ciudadanas de segunda con su conservadora lectura del Corán”. Ese mismo interés específico por las mujeres se mantiene en el testimonio de un médico pakistaní que afirma que han detectado un alto número de depresiones entre las afganas que llegan al país, y que tienen además peor salud que los hombres. Nos encontramos, por tanto, ante una de las pocas piezas con perspectiva de género que hemos detectado hasta el momento en nuestro análisis.

Lucía Oliva parece ser, de hecho, la única periodista analizada que se aproxima a una cobertura “generizada” de la realidad de la región MENA. De las seis piezas que realiza durante el período analizado de la invasión estadounidense de Afganistán, dos tienen a las mujeres como protagonistas: la ya mencionada del día 6 de octubre y la del día 4 del mismo mes, de nuevo en Quetta, en la que un grupo de afganas comenta que han huido de su país porque los talibanes reclutaban a la fuerza a sus maridos e hijos. De nuevo está presente, por tanto, una atención especial a las mujeres y a las consecuencias específicas que los conflictos bélicos tienen para ellas por su sexo.

-ALMUDENA ARIZA: actualmente corresponsal en Nueva York, cubrió para la cadena pública otros acontecimientos vinculados a la región MENA, como la invasión estadounidense de Iraq de 2003. En el caso de la invasión de Afganistán, informa desde Pakistán, al igual que las dos periodistas anteriores. La encontramos en una pieza a mediados del conflicto, el 15 de octubre, y en dos más justo tras la caída de Kabul, el 13 de noviembre. Su primera aparición es una clara muestra de las difíciles circunstancias que se vivían en el país en ese momento: como enviada especial a una

manifestación de protalibanes en Peshawar, experimenta una tensa situación. Ella misma confirma que parte de esa tensión se debe al “hecho de que una mujer está aquí, en el medio de una manifestación”. No en vano, los talibanes prohibieron cualquier tipo de presencia femenina en ellas, y se ve, finalmente, que el equipo de TVE tiene que retirarse de la concentración. También llama la atención en esta pieza que Ariza aparezca con pañuelo y el shalwar kameez, la vestimenta tradicional pakistaní, cuando hemos visto que las otras periodistas no la vestían en sus retransmisiones desde Pakistán. Creo que se trata de un hecho motivado por el lugar en el que se encuentra Ariza, Peshawar. Convertida en auténtico bastión talibán, la ciudad ofrecía un panorama extremadamente conservador, muy alejado de la mayor apertura de otras zonas de Pakistán. La elección del hiyab y la vestimenta tradicional no parece en este caso, por tanto, una cuestión puramente estética, sino más bien producto de la necesidad de garantizar la propia seguridad personal en una zona con una interpretación sumamente radical de la religión y las normas sociales.

El 13 de noviembre, la retransmisión tras la toma de Kabul se traslada a Quetta. Su primera intervención esa jornada se centra en la alegría supuestamente mostrada por muchos refugiados de etnias rivales tras la toma de Kabul por parte de la Alianza del Norte. Ariza habla con varios de los refugiados afectados hasta ese momento por la represión de los talibanes, y define a los azaros, musulmanes chiíes, como “menos estrictos en la aplicación del código islámico”, una noción ciertamente imprecisa esta de “código islámico”. ¿Se refiere a la sharía? En cualquier caso parece una muestra de las generalizaciones que desgraciadamente tan a menudo se efectúan en los medios de comunicación occidentales en torno al mundo islámico, pues salvo que se refiera a la sharía, y en ese caso debería haberse aplicado tal denominación, no existe un “código” aplicable a toda la extensa pléyade de países y regiones de religión musulmana. En esta pieza hay otro elemento de interés para mi estudio: la aparición del tema de la mujer a través de las azaras que se han visto abocadas a la soledad como consecuencia de que sus maridos han sido eliminados por los talibanes. La periodista habla con una superviviente de las matanzas para conocer de primera mano la situación. Sin embargo, y a pesar de la aparición de esta mujer, no parece que haya en esta ocasión una

perspectiva de género explícitamente buscada, sino que, más bien, se trata de un asunto colateral que, simplemente, se completa con un testimonio femenino. El mismo día 13 de noviembre, Ariza realiza otra pieza sobre el incremento de desplazados a la frontera con Pakistán tras la toma de Kabul. Sigue manteniendo el hiyab y habla con una mujer con burka, que le cuenta la destrucción total de la ciudad de Kandahar. La imagen general que ofrece la pieza es de desolación: niños pobremente vestidos, cientos de objetos tirados y sin dueño... De nuevo no parece, porque el discurso de la periodista no lo corrobora, que nos encontremos ante una cobertura “generizada” del conflicto ni ante la aplicación de una perspectiva en la que explícitamente se quiera prestar atención a las mujeres. Al contrario, parecen ser utilizadas, tomando la terminología de Rakow y Kranich, como “mujeres-signo”, empleadas para ilustrar las consecuencias que las acciones públicas, en este caso una guerra, tienen sobre el ámbito privado, tradicionalmente asociado a lo femenino. Las víctimas femeninas, según esta teoría, serían especialmente adecuadas para ilustrar las consecuencias humanas de un evento como la guerra⁹. Nos encontramos, por tanto, ante una concepción que lejos de fomentar la agencia de las afganas, las convierte en víctimas pasivas (y privadas) de lo que otros, los hombres, deciden para ellas con sus acciones públicas.

Ninguna de las periodistas mencionadas trabajó durante el conflicto sobre suelo afgano, de tal modo que lo que ellas ofrecen no es en ningún caso la visión de los principales eventos del conflicto, sino la de otros sucesos colaterales. Los enviados especiales fueron en el caso de las fechas analizadas dos hombres, Luis de Benito y Joan Marcet. ¿Se debió esa ausencia a una actitud de “sobrepotección” de los medios hacia las periodistas a consecuencia de su sexo? Si bien es cierto que las enviadas especiales tuvieron que afrontar peligrosas situaciones (Ariza tuvo que dejar de grabar en determinados momentos de la cobertura, y la policía prohibió a Lucía Oliva filmar en la frontera con Pakistán el 4 de octubre), en ningún momento estuvieron en el epicentro de los enfrentamientos bélicos, donde los riesgos podrían haber sido notablemente mayores. ¿Cabría aplicar aquí, entonces, la vieja lógica de “las mujeres y los niños primero”?

Esta posible sobrepotección que se ha advertido en el caso de la cobertura sobre Afganistán no

parece exclusiva ni de este país ni de TVE: varias periodistas que desarrollan su trabajo en zonas especialmente conflictivas han puesto de manifiesto el paternalismo con el que sus medios abordan la cuestión de enviarlas a lugares potencialmente peligrosos por su condición femenina. Es el caso de Olga Rodríguez, colaboradora de la Cadena Ser y Cuatro y habitual en la cobertura sobre Oriente Medio, quien confirma que, en muchas ocasiones, los responsables informativos optan por elegir a hombres para cubrir zonas de riesgo. De la misma opinión es la freelance Mayte Carrasco, para quien los propios compañeros tratan a las periodistas como seres vulnerables, “cuando las periodistas que vamos allí no somos niñas frágiles, sino profesionales que no tenemos necesidad de ganarnos la información por nuestra condición de mujer”¹⁰.

Hay un elemento que es marca de este conflicto y que está estrechamente relacionado con mi objetivo de analizarlo desde el punto de vista del género: el burka, lejos de presentarse en las piezas únicamente como parte de la indumentaria de las afganas, se convierte en la invasión estadounidense de Afganistán en una prenda-símbolo. Además de las alusiones a ella ya mencionadas en la cobertura de las periodistas existe una pieza especialmente relevante a la que conviene hacer referencia, aunque en ella no aparezca ninguna enviada especial. Se trata de “Intervención militar en Afganistán, quinto día de guerra”, emitida en el telediario de las 23.30 horas del 11 de octubre. Elaborada por Maite Pascual, se centra en la opresión ejercida por los talibanes sobre las afganas. En dicha pieza, el burka es omnipresente como símbolo de esa opresión: el reportaje se inicia con un plano de una mujer colocándose, continúa con la visión “enrejada” del mundo a través de él y se plasma en imágenes de calle en las que la pieza aparece continuamente. Tras el plano corto de una abogada hablando a cámara, Nadia, la pieza continúa con la imagen de un joven talibán seguido de mujeres totalmente cubiertas. La casa es el único espacio donde pueden desprenderse de la indumentaria, aunque en ocasiones la sustituyan por un velo. La cuestión es que durante toda la primera parte de la pieza, el burka, como elemento ajeno a la indumentaria del espectador español, se erige como compendio de las amenazas del régimen talibán hacia sus mujeres. Esa visión resulta demasiado simplista y obvia el hecho de que el burka era antes de los talibanes una prenda urbana

considerada muy sofisticada entre ciertas mujeres del medio rural, para quienes portarlo otorgaba status social¹¹.

La del burka es sin duda una imagen muy impactante y que funciona muy bien a nivel televisivo, pero cabría preguntarse también hasta qué punto sirve para no entrar a explicar otras dinámicas más complejas de la desigualdad entre sexos o para ocultar ciertos intereses. Por ejemplo, ¿qué hay de la exclusión de las mujeres de buena parte de los trabajos remunerados, de la prohibición de viajar sin acompañamiento masculino, de los matrimonios forzados con talibanes que algunas de ellas sufrieron?¹² Sin dejar de mencionar el asunto del burka, este tipo de cuestiones puede que sean visualmente menos impactantes, pero sin duda ayudan mucho mejor a comprender qué supuso la llegada del régimen de los talibanes para las afganas.

Por otro lado, no deja de ser curioso que sea justo ahora, cuando Estados Unidos ha decidido entrar en Afganistán, cuando se preste tanta atención a una prenda que no era nueva en la historia reciente del país. Recordemos que la invasión estadounidense de Afganistán supuso un antes y un después a la hora de entender las prerrogativas de un Estado para responder por la fuerza a una agresión. El presidente George W. Bush presentó la guerra como una respuesta de legítima defensa de todo Occidente frente a los atentados de las Torres Gemelas¹³. Lejos de considerar que la atención al burka es algo puramente inocente o coyuntural, parece claro que su retórica fue empleada para justificar la invasión estadounidense en aras de “proteger” a las afganas. Las mujeres son a menudo utilizadas, y más todavía en contextos de guerra, para trasladar ciertos mensajes al exterior, convirtiéndose en instrumento de política nacional e internacional¹⁴. Emplearlas para justificar una guerra no era algo nuevo: esos mismos argumentos fueron usados reiteradamente en la historia de los imperios occidentales. El establishment victoriano, por ejemplo, a menudo combinaba una oposición “en casa” a las demandas feministas con el uso del lenguaje del propio feminismo en sus aventuras exteriores para denunciar las supuestas discriminaciones de las culturas indígenas, y, así, justificar “moralmente” los ataques sobre ellas y colateralmente, la superioridad de Occidente. El feminismo se usaba así (y la experiencia afgana demuestra que se sigue usando) al servicio del colonialismo¹⁵.

La retórica de salvar a las “oprimidas mujeres” en nombre de la “civilización” se focalizó tras el 11-S en las musulmanas. La cuestión de la mujer y el Islam entró con la invasión de Afganistán en la primera línea del discurso político en Occidente, tal y como apunta Leila Ahmed¹⁶. Se trata, en suma, del viejo concepto de que Europa enseña a Oriente lo que es la libertad, porque los orientales, y los musulmanes en particular, ignoran completamente dicho concepto. Chateaubriand y muchos de los que vinieron después de él extendieron este concepto, que Edward Said denunció en su obra *Orientalismo*¹⁷. Las afganas se enfrentarían, tras la invasión estadounidense, a una doble dominación: la masculina local tradicional que venían enfrentando desde siglos y una externa, “imperial”, que llega al mismo tiempo que lo hacen las tropas estadounidenses¹⁸.

Y frente a los elementos distintivos, en la cobertura de la invasión estadounidense de Afganistán encontramos también elementos de continuidad con el tratamiento informativo de las periodistas de TVE sobre la región MENA, que hemos analizado en la tesis origen de este artículo desde los años setenta: protagonismo fundamental otorgado a las fuentes occidentales y ausencia de una cobertura con tintes de género. En ambos aspectos, el trabajo de Lucía Oliva es una excepción, ya que en su caso, las fuentes no-occidentales son a menudo las protagonistas, y su trabajo puede ser calificado de generizado.

El no-uso de fuentes locales, combinado con el no-envío de ninguna periodista con experiencia previa en la región MENA (aunque sí sean experimentadas informadoras) constituyen dos factores especialmente graves en el caso de Afganistán: la extraordinaria complejidad del país, suma de etnias e intereses, resulta muy difícil de reducir a las categorías que generalmente se utilizan para explicar el mundo desde la perspectiva occidental¹⁹. Esa explicación, en todo caso, tiene al sector masculino de la población como gran protagonista, aunque hasta cuatro mujeres participasen en la creación del relato informativo.

Notas.

¹ Quiero manifestar en esta introducción mi agradecimiento al personal de la cadena pública por su eficiencia y amabilidad a la hora de proporcionarme el material solicitado.

² Nojumi, Neamatollah, *The rise of the Taliban in Afghanistan. Mass mobilization, civil war and the future of the region*. New York, Palgrave Publishers, 2002, xi.

³ *Ibidem*, 226

⁴ Maley, William, *The Afghanistan wars*. Basingstoke, Palgrave, 2009, 7.

⁵ Pozo Serrano, Pilar, *La guerra de Af-Pakistán y el uso de la fuerza en las relaciones internacionales*. Pamplona, EUNSA, 2011, 36.

⁶ Sánchez-Ocaña, Ramón, “Rosa María Calaf”, *Revista Balleol*, online en <http://www.revista-ballesol.es/entrevistas/cuadro-de-honor/rosa-maria-calaf/> (Fecha de consulta: 1 de agosto de 2013)

⁷ Escribano Claramunt, Esperanza, “Rosa María Calaf”, *BCN Mes*, online en <http://www.bcnmes.com/features/rosa-maria-calaf/> (Fecha de consulta: 1 de agosto de 2013)

⁸ Martín Muñoz, Gema, *El Estado árabe. Crisis de legitimidad y contestación islamista*. Barcelona, Bellaterra, 1999, 294.

⁹ Ten Boom, Annemarie y Michielsens, Magda, “Illustrating human suffering: women as victims on the news”, en Dakovic, Nevena, Derman, Deniz y Ross, Karen (eds.), *Gender and media*. Ankara, Mediation, 1995, 188-189.

¹⁰ EFE, “Reporteras de guerra critican el “excesivo” proteccionismo de los medios”, *ABC*, online en <http://www.abc.es/20100527/medios-redes-prensa/reporteras-zonas-conflicto-critican-20100527.html>: (Fecha de consulta: 6 de junio de 2011)

¹¹ Raich, Jordi, *Afganistán también existe*. Barcelona, RBA, 2002, 180.

¹² Maley, William, *The Afghanistan wars*. New York, Palgrave Mcmillan, 2009, 199.

¹³ Pozo Serrano, Pilar, *op. cit.*, 13.

¹⁴ Sedghi, Hamideh, *Women and politics in Iran*, Cambridge, Cambridge University Press, 2007, 4.

¹⁵ Viner, Katharine, “Feminism as imperialism”, *The Guardian*, online en <http://www.guardian.co.uk/world/2002/sep/21/gender.usa> (Fecha de consulta: 5 de diciembre de 2012)

¹⁶ Ahmed, Leila, “Feminism, Colonialism and Islamophobia. Treacherous Sympathy with Muslim Women”. *Qantara*, online en <http://en.qantara.de/Treacherous-Sympathy-with-Muslim-Women/16963c17398i1p9/index.html> (Fecha de consulta: 26 de agosto de 2011)

¹⁷ Said, Edward W., *Orientalismo*. Barcelona, Random House Mondadori, 2010, 237.

¹⁸ Rostami, Elaheh, *Afghan women*. Londres, Zed Books, 2007, prefacio (sin paginar)

¹⁹ Pozo Serrano, Pilar, *op. cit.*, 11.